

Fernando Hernández Sánchez

LOS AÑOS DE PLOMO

*La reconstrucción del PCE bajo
el primer franquismo (1939-1953)*

CRÍTICA

Fernando Hernández Sánchez

LOS AÑOS DE PLOMO

*La reconstrucción del PCE
bajo el primer franquismo (1939-1953)*

CRÍTICA

BARCELONA

Primera edición: marzo de 2015

Los años de plomo
Fernando Hernández

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Fernando Hernández, 2015

© Editorial Planeta S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-806-8
Depósito legal: B. 2493 - 2015
2015. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

Índice

INTRODUCCIÓN	7
1. EL ARRANQUE DEL EXILIO	17
El archivo rodante y un tesoro enterrado.....	17
Y ahora, ¿qué?	22
La Komintern marca el rumbo	26
El pacto con el diablo	29
La cúpula errante	38
2. UN PARTIDO, TRES DIRECCIONES Y MEDIA	45
En la patria del proletariado	46
El sol se puso por el Este	48
República española, capital: México D. F.	57
Contradanzas	60
Navajas en el Buró	64
«El Partido se fortalece depurándose»	71
3. PATOS Y GNOMOS	77
Disolverse en soda	80
Interferencias fatales	83
4. EL INTERIOR	89
Desfondados y confundidos	90
¿Hay alguien ahí fuera?	94
«La Peque» y «los Audaces»	97
Políptico carcelario	110

5. INTERLUDIO FRANCÉS	115
Reconstruyendo una dirección efectiva	115
Fugitivos, carboneros, maquis.....	121
6. CON LOS ALIADOS FRENTE AL NAZIFASCISMO	131
En el ejército de las sombras	133
«Los músicos»	136
El amigo americano	141
¿Entrar en la melé?	149
«Montez de la mine, descendez des collines, camarades!»	152
7. EL PARTIDO EN LOS TIEMPOS DE YALTA.....	159
Volando puentes.....	160
Giro y marcha atrás	163
Los Grandes viran el rumbo	165
«¡A España!»	173
«Treinta y tres curvas tiene Arán».....	176
«¡Qué partido tan hermoso habéis creado!»	179
«Damnatio memoriae»	183
8. LA MANO DE HIERRO EN GUANTE DE HIERRO	191
Cubriendo huecos.....	195
La campaña antimonzonista	197
Fulminando herejes.....	206
9. LOS FALSOS CAMARADAS	215
El enemigo en casa	218
La caza	222
Palos de ciego	232
10. DEVASTACIÓN	237
Desmontando a «X» y «V».....	244
Matar al mensajero.....	254
Tiempos de desolación	256
11. LOS AÑOS PERDIDOS	263
«Si se abren huecos, apretemos las filas»	263
Las cuentas del PCE	265
Una empresa roja. La Enterprise Forestière du Sud-Ouest	272
Bolero-Paprika	276
Los restos del naufragio	287

12. VÍSPERAS DE TRANSICIÓN	291
El encuentro con el demiurgo	291
La agonía de la guerrilla	300
Al final del palo enjabonado	304
Un pasado que no pasa	307
Luces (y aún sombras) al final del túnel.....	318
Epílogo	325
Notas	333
Bibliografía	377
Índice analítico	389

1

El arranque del exilio

CUANDO EL 1 DE ABRIL de 1939, las fanfarrias de Radio Nacional de España anunciaron el parte de guerra del cuartel general de Burgos que certificaba la victoria, hacía ya semanas que la diáspora republicana anegaba con su marea de humanidad derrotada los campos del sur de Francia. Como parte de ella, el contingente comunista se nutrió de los expatriados que, en los amenes del conflicto, habían recurrido a los medios más diversos para abandonar el país. Una gran parte de los militares salieron en enero de 1939, con la caída de Cataluña. Algunos volvieron a la zona Centro-Sur para proseguir el combate, topándose con la sublevación del Consejo Nacional de Defensa encabezado por Besteiro, Mera y Casado el 5 de marzo de 1939. Los que pudieron huir en esta segunda ocasión, a los que se unieron quienes habían ostentado cargos políticos en la zona central, lo hicieron partiendo de los aeródromos de Levante o en barcos como el buque carbonero *Stanbroock* que, tras penosa travesía, acabaron rindiendo su pasaje en Argelia en manos de las autoridades coloniales francesas. Miles quedaron atrapados en la ratonera del puerto de Alicante o en las improvisadas prisiones que los vencedores comenzaban a llenar para celebrar la paz del Caudillo.

EL ARCHIVO RODANTE Y UN TESORO ENTERRADO

El PCE procedió a organizar como pudo la situación del capital humano y material que había logrado salvar. Lo más urgente era localizar y enlazar a sus militantes, pero no lo era menos poner a resguardo los archivos y bienes del partido, sobre todo los valores fungibles indispensables para sostenerse en la incierta etapa del exilio que comenzaba. Desde el 15 de enero, los tutores de la Komintern, Togliatti («Alfredo») y Stepanov («Moreno») habían

apremiado al partido para que evacuase su archivo. Cuatro vehículos partieron de Barcelona, de la sede del Comité Central en la calle Balmes, 205, a última hora de la noche del día 25 de enero, víspera de la caída de la ciudad. Uno de ellos iba conducido por Saturnino Colinas y los otros por Antonio Fernández, un tal Rivas y un conductor del Cuerpo de Asalto. El camión de Colinas cargaba con la documentación y una decena de valijas que contenían los valores del partido. Fernández transportaba máquinas de escribir y maletas con ropa. Fueron custodiados durante todo el trayecto por cuatro integrantes de la unidad de élite comunista, el XIV Cuerpo de Guerrilleros, cuatro guardias de asalto de absoluta confianza y el mismo número de miembros de las Brigadas Internacionales. La coordinación del operativo corrió a cargo de dos responsables de máximo nivel: hasta Figueras, fue «Alfredo» (Togliatti) quien se responsabilizó del transporte. El relevo lo tomó Nahum Eitingon («Kotov»), *resident* del NKVD,¹ que delegó la ejecución material del traslado hasta la frontera en «el camarada Santi».

La presencia de Kotov y la personalidad de «Santi» dan la medida de lo especial de la misión. Santiago Álvarez Santiago había sido uno de los principales responsables de las patrullas del radio Oeste del Comité Provincial de Madrid del PCE durante los días de plomo del verano-otoño de 1936, delegado del partido en el Comité Provincial de Inspección Pública (CPIP) y uno de los responsables de las sacas de presos derechistas en noviembre. Años después, sería el hombre al que confiaría su seguridad Dolores Ibárruri, «Pasionaria», en Bucarest.² Luis Galán, que lo trató en la redacción de Radio España Independiente, lo definió como «una persona de un complejo primitivismo: obcecado, violento y sentimental» pero «de una probidad implacable. Habría sido capaz de dejarse morir de hambre antes que tocar un céntimo de los fondos del partido». El tesoro documental y material comunista no podía estar en manos más seguras.³

En Portbou, el enlace era un miembro de las Brigadas Internacionales que, a su vez, estaba en contacto con un «amigo francés», del PCF, el diputado Venoa, que debía hacerse cargo de la entrega de los camiones. El 9 de febrero, «Santi» comunicó que había cumplido su parte de la misión y que el archivo había llegado sin novedad hasta la frontera. Los problemas comenzaron al franquearla. Nadie con autoridad suficiente, salvo Juan Ambou, por el PCE y Valdés y Morgades, por el PSUC, se encontraba presente para llevar a cabo la recepción. Rivas y Fernández cruzaron la frontera por Le Perthus y Colinas y el chófer de Asalto por Portbou. A Fernández y a Colinas les pararon los gendarmes, registraron sus vehículos y se incautaron de ellos. Los comunistas franceses informaron a la dirección en Toulouse de que los otros camiones que contenían la mitad del fondo documental pasaron la frontera y fueron a parar a Saint-Cyprien. El que conducía el guardia de asalto fue el único que llegó a entrar en el campo. También había sido objeto de registro

por guardias indígenas y gendarmes. Faltaban una caja de alhajas y algunos lingotes de oro que podrían haberse empleado para sobornarlos. Aun así, la mayor parte de su contenido fue puesta a buen recaudo.

José Gómez Gayoso y Felipe Muñoz Arconada corroboraron que el camión tenía el aspecto de haber sido saqueado. Visitaron al comandante español del campo, el coronel Morales, y consiguieron que el vehículo fuese trasladado al sector donde se encontraba el cuartel general del ejército del Ebro, el campo 15, para salvar lo que mereciera la pena y proceder a la destrucción de los documentos comprometedores. Un primer inventario de la carga consignó tres cajas de madera conteniendo biografías del PSUC —unas 3.000 fichas, con fotografías incluidas, de la comisión de cuadros— y valores en acciones de Hidroeléctrica, Transatlántica, Ferrocarriles Nacionales y otras empresas, 172.900 pesetas en billetes, varios ficheros metálicos con correspondencia entre los comités provinciales y el Comité Central, carpetas de la Secretaría de Organización, una caja de caudales sin abrir y varios sacos con lingotes de plata, algunos abiertos y medio vacíos. Se encontró también una máquina fotográfica e instantáneas de plenos del Comité Central que fueron entregadas a uno de los hermanos Mayo, fotógrafos oficiales del PCE. Una revisión más exhaustiva de la documentación reveló que entre ella se encontraban documentos del máximo órgano de dirección, el Buró Político, sendas carpetas de Francisco Antón, Irene Falcón y Stepanov, cartas de los hijos de Largo Caballero, documentación relacionada con el POUM, números de *La Batalla* y *Acción Francesa*, una carpeta de Jesús Larrañaga que contenía un fichero de agentes fascistas en diferentes embajadas y documentos intervenidos al PSOE.

Un gendarme dio el aviso de que, durante la noche, los franceses se proponían registrar por sorpresa el campo 15 con el objetivo de coger todo el oro que se rumoreaba que había en él. La Comisión Político-Militar decidió trasladar todo el material al campo 16, del que varios camaradas sacaron clandestinamente todos los lingotes de plata que pudieron. De la documentación se hizo un primer expurgo. Al amanecer, para no llamar la atención, fueron quemados los documentos de los comités provinciales y las acciones. Se preservaron algunos papeles sobre Negrín y originales fotográficos de José Díaz y Dolores Ibárruri. Ante la persistencia de los registros, en la siguiente tanda se quemaron las actas del Buró Político, informes de Dimitrov y una serie de fotografías.

En un documento custodiado en el archivo de la Komintern⁴ se alude a que «unos 300 kilos de oro que estaban en nueve lingotes y dos paquetes de regletas» fueron enterrados en el campo 14 de Saint-Cyprien. La mayoría de las fuentes refieren que, en realidad, se trataba de barras de plata y que fueron sepultadas en un cajón bajo la chabola del Comisariado del Ejército del Ebro. Sin embargo, José Díaz, en el cuaderno en que anotó los avatares de la evacuación del archivo consignó literalmente en el apartado 6 del inventario los

términos «alhajas/oro», si bien luego matizó que pertenecían al PSUC.⁵ Los responsables instaron a Ángel Álvarez («Angelín»), colaborador del Comité Central en Toulouse, a buscar la forma de recoger todo cuanto fuera posible para irlo enviando a París.

Peor suerte corrió otra parte sustancial del archivo documental. Los responsables de su traslado eran Luis Cabo Giorla y Bautista Banqué. Fue embarcado en un tren que hacía el recorrido La Bisbal-Portbou. En vista de las insuperables dificultades encontradas para su evacuación, fue quemado. Se destruyó también el archivo de la Subsecretaría del Ejército de Tierra. Desapareció entre llamas el del Comisariado, que contaba con un importante fondo de cerca de siete mil fichas y fotografías. El archivo de la zona CentroSur fue destruido en las proximidades de Cartagena por órdenes de Togliatti. Había estado arrumbado en un camión estacionado en un garaje, sin que nadie decidiera qué hacer con él, hasta que se produjo la sublevación casadista. Un síntoma más de que, por parte comunista, no había diseñados planes de contingencia en previsión de la derrota y el paso a la clandestinidad.⁶

Más caótica aún fue la evacuación del material del PSUC, un partido fracturado, por añadidura, por la división interna y el enfrentamiento con el PCE. Los recursos financieros del PSUC ascendían a más de seis millones de francos. Su tesorero, Miquel Serra i Pàmies, delegó su gestión en Joan Morgades, uno de los más caracterizados opositores a la subordinación del partido catalán al español. Pedro Checa dijo que Morgades se había fugado a Francia con el dinero en distintas divisas, que con él había fundado una empresa y que había entrado en relación con Acció Catalana a fin de crear en Francia un partido socialdemócrata catalán. Como conocía detalladamente los bienes del PSUC y dónde estaban depositados, «los compañeros en Francia no se atrevieron a proceder contra él —se supone que liquidarlo— por no perder todo».⁷

El asunto se inscribía en el contexto de las tensas relaciones entre ambos partidos comunistas al final de la guerra. Antes de salir para Moscú, tuvo lugar una reunión de la cúpula del PSUC para decidir el destino de la caja del partido. Una minoría se mostró partidaria de ingresar sus fondos en el Banque Commerciale pour l'Europe du Nord (BCEN), controlado por la URSS, frente a la mayoría, representada por Serra i Pàmies y Josep Miret —ambos masones—, que preferían hacerlo en un banco francés por intermediación del ministro galo de Finanzas, Paul Reynaud. De esta forma, el PSUC pretendía mantener su autonomía financiera y no entregar sus recursos a la Komintern, con el riesgo de que acabaran siendo transferidos al PCE. Fue una precaución inútil, porque con la ocupación alemana, se perdieron definitivamente.⁸ En todo caso, hay que reconocer algo de premonitorio en aquella actitud de reserva, habida cuenta de cómo funcionó la ley de transitividad en el caso de los fondos del PCE y del gobierno republicano confiados a agentes de la Komintern.

El gobierno republicano había cedido al aparato de Maurice Tréand («Le Gros»), responsable de la Comisión Central de Cuadros del PCF y de la empresa encubierta France Navigation, encargada de aportar barcos para la evacuación desde Levante, casi cuatrocientos millones de francos para su utilización en este menester. Terminada la guerra, nadie, salvo «Le Gros» y un puñado de dirigentes del PCF, sabía dónde se encontraba esta cantidad. La policía que rondaba la sede de France Navigation en la rue Arcade, a espaldas de la Ópera, estuvo en una ocasión a punto de dar con el secreto. En la caja fuerte de la compañía se hallaban documentos extremadamente comprometedores: la lista completa de los políticos y funcionarios que percibían dinero de la caja B del PCF; la relación de todos los escondites, puntos de apoyo y contactos, tanto en el país como en el extranjero; los archivos de transacciones entre Moscú y la España republicana; la información sobre el tráfico de armas y, lo más importante, la lista de los cuarenta y tres depositarios del «tesoro de guerra» del PCF.⁹ Tréand tenía la intención de no soltar ni un céntimo hasta recibir instrucciones del Secretariado del PCE. Stepanov informó de ello a Dimitrov. La oportunidad era tentadora. En el tráfigo del colapso de la República y el final de la guerra, se ofrecía la posibilidad de quedarse con una suma de entre 150 y 200 millones de francos cuyos legítimos propietarios iban a tener muy difícil ejercer su reclamación.

El 13 de junio de 1939, Tréand llegó a Moscú y se entrevistó con Dimitrov y Manuïlski. Dimitrov consignó en su diario que el tema no había quedado resuelto porque era necesario consultar con las alturas. No parece que la cantidad fuera restituida al gobierno republicano. Tampoco, a tenor de las estrecheces y economías propuestas por la dirección para el funcionamiento del aparato, que revirtieran en el PCE.¹⁰ Menos de un mes antes, Pedro Checa había comentado a Jesús Hernández que, para que PCE y PSUC pudieran emprender con algunas posibilidades de éxito el trabajo ilegal necesitaban «imprescindiblemente la ayuda técnica y material de la Internacional» y propuso que ambos partidos fueran ayudados económicamente. «Sin esta subvención en dinero —concluyó—, el sostenimiento de los mismos y del resto de sus actividades sería imposible a breve plazo.»¹¹

En noviembre de 1940, Checa refirió que, cuando Joan Comorera, secretario del PSUC, llegó a México trajo el encargo del resto de la dirección de ordenar que se realizara un informe sobre los problemas financieros del partido, «pues no comprendéis bien qué había sido del dinero». Y relató: «De nosotros, el único que conoció ese problema fue Luis Cabo Giorla, que dice lo siguiente: “En una reunión donde participamos Manuïlski, Pepe Díaz, Dolores, yo y no recuerdo si ‘Le Gros’, se acordó a propuesta de Manuïlski trasladar las cosas a la Casa [la URSS]. De ello quedaba encargado allí de llevarla a la práctica ‘Le Gros’ por estar en relación con otras cosas que se acordaron”». Es decir, tanto el remanente gubernamental no empleado en la eva-

cuación de Levante como el tesoro del partido, fuera cual fuese su cuantía, acabaron en la URSS, seguramente por la vía de la Banque Commerciale pour l'Europe du Nord. La cornucopia del oro de Moscú, con la que fantasearon generaciones de opinantes y analistas de la subversión comunista y sus mecanismos espurios de financiación, era más bien un manadero estacional y, en ocasiones, cicatero. Y, si llegaba el caso, manaba en sentido inverso. Los camaradas franceses, colaboradores necesarios, hicieron oídos de mercader a la solicitud de explicaciones. José Díaz dejó constancia en sus apuntes de su intención de hablar del tema con «Le Gros».¹² Se hicieron gestiones para reunirse, entre otros, con Émile Dutilleul, responsable de finanzas del PCF. No hubo manera. En ese período final de agosto de 1939 —bajo el *shock* de la reciente firma del pacto germano-soviético, de la ilegalización del mismo PCF y con las nubes de tormenta abigarrándose en el Este— «era imposible encontrarlos por estar de vacaciones».

Dados estos precedentes, resulta cuando menos curioso que el Secretariado de la Komintern, en su reunión del 19 de junio, instase a la dirección del PCE a aclararse cuanto antes sobre «el estado de sus recursos», para ponerlos a resguardo seguro y emplearlos en sufragar su funcionamiento.¹³ Teniendo en cuenta que, al mismo tiempo, a sus dirigentes y cuadros se les estaba exigiendo formalizar cuanto antes su versión sobre el final de la guerra para satisfacer una demanda de Stalin, el resultado no podía ser otro que un incremento morbosos de la ansiedad añadido a un comprensible estado de confusión. Un año después, cuando Pedro Checa pasó revista al presupuesto para el pago de salarios a los liberados, gastos de administración, viajes y propaganda, todo ello evaluado en 3.200 dólares, concluyó lamentando la absoluta carencia de fondos y apelando a «si era posible obtener algún medio de los que en Francia existían y de los que nada sabemos por las condiciones en que se desarrollaron los acontecimientos».¹⁴ Durante los años de la guerra mundial, la penuria se cronificó. Por entonces, los dirigentes del interior fantaseaban con las posibilidades que podría brindar la exhumación de aquellos tesoros escondidos bajo las arenas de los campos del Midi de los que les habían llegado noticias difusas. Así, al colaborador del Comité Central Francisco Montoliu, Jesús Carerras le pareció un desequilibrado, ya que, mientras se dedicaba al mísero contrabando de piedras de mechero para financiar al partido, «estaba obsesionado por ir a buscar un tesoro que había sido enterrado por camaradas».¹⁵

Y AHORA, ¿QUÉ?

Entre el 15 de mayo y el 9 de junio de 1939, el secretario de Organización, Pedro Fernández Checa, recién llegado a la URSS, envió dos informes a su compañero del Buró Político, el ex ministro de Instrucción Pública Jesús Her-

nández Tomás.¹⁶ En ellos planteó la situación de los refugiados y la utilización de los cuadros que estaban reagrupándose en la Francia metropolitana. Respecto a los primeros, indicó que el partido no debía oponerse al regreso a España de las familias que huyeron contagiadas por el terror general más que a causa de su significación o actividad política. Esto contradice la insidia del coronel Ruiz Ayúcar, que alude a «la fuerte coacción moral a la que estaban sometidos» quienes se encontraban en los campos para no volver a España.¹⁷ De hecho, ya fuera por voluntad propia o forzados por las autoridades francesas, más de 340.000 refugiados en los meses de enero y febrero de 1939 retornarían al país antes del armisticio de junio de 1940, confiados en su inocencia o en la clemencia del Caudillo, prometida al nuevo embajador francés en Madrid, Philippe Pétain.¹⁸ Bien pronto sabrían algunos de ellos lo poco que valía para los tribunales de Franco «no tener las manos manchadas de sangre».

Cabía estudiar la posibilidad de que la URSS, además de admitir a los comunistas españoles, ampliara su hospitalidad a algunos millares de familias, especialmente, campesinas, convenientemente seleccionadas por el PCE y el PSUC. Para quienes no se acogieran a la protección de la «Patria del Socialismo», había que aumentar la presión internacional para obligar a los gobiernos argentino y uruguayo a abrir las fronteras a los familiares de residentes españoles y para conseguir la admisión de exiliados en Norteamérica y los dominios ingleses. En el caso de Francia, la permanencia de una masa importante de refugiados obligaba a una revisión de los métodos de trabajo del partido francés, instándole a coordinarse con la CGT y los socialistas —la Section Française de l'Internationale Ouvrière (SFIO)— para impedir que esta mano de obra fuera utilizada como «masa del esquirolaje y del envilecimiento de salarios». Se podían lograr cosas si se mantenía una actitud vigilante. Muchos obreros metalúrgicos ya se habían incorporado a la producción y el gobierno francés estaba sacando gente de los campos para formar batallones de fortificación en condiciones económicas no del todo malas. El incremento de la movilización podía, paradójicamente, reportar oportunidades de trabajo para gran parte de los refugiados. Lo que debía constituir la principal preocupación de PCE y PSUC a este respecto era vigilar con atención el proceso de clausura de los campos, evitar en lo posible la diseminación de las familias, mantener el contacto con todos los grupos, por pequeños que fueran y donde estuviesen, preservar su organización en cada uno de ellos y «mantener vivo su entusiasmo antifascista y su participación activa en la lucha de reconquista de la República».

Respecto a la reorganización del partido, Checa propuso clasificar a los cuadros en cuatro categorías: militares, cuadros para el trabajo ilegal, cuadros políticos y técnicos. Los primeros debían ser utilizados teniendo en cuenta las posibilidades de la lucha antifascista en todo el mundo. Un número restringido de ellos, los que hubieran alcanzado ciertas categorías en la escala de mando, podrían recibir cursos de perfeccionamiento teórico y prác-

tico en la URSS a fin de aprovecharlos en el ejército republicano español, si en el futuro este participase guerra mundial, o después de la liberación de España. Pero la gran mayoría de los cuadros militares debía ser empleada lo más rápidamente posible en las guerrillas del interior o en la lucha antifascista en otros lugares del mundo.

China ha de ser una de nuestras escuelas de entrenamiento y de lucha. Allí se podrán formar buenos guerrilleros. Abisinia no está aún sometida a Mussolini. Si intensificamos en movimiento guerrillero, heriremos en uno de sus puntos más sensibles al fascismo italiano. Para este trabajo habría que organizar un centro principal en Egipto y otro en Djibuti. Debemos infiltrarnos en la organización militar francesa norteafricana.

Checa bosquejó todo un tratado de geopolítica en tiempos de preguerra mundial. En caso de conflicto general, el África del norte francesa sería uno de los escenarios decisivos para la futura incidencia en el interior de España. Dada la situación de fuerzas beligerantes, Francia e Inglaterra se verían obligadas a resolver el nudo del Rif, liberar de toda amenaza Gibraltar, pasar el ejército colonial («moro y negro») a la Península para colocar a Franco entre dos fuegos y forzar su capitulación. Así quedaría en libertad de movimientos el ejército francés del Pirineo, y las fuerzas coloniales podrían llegar hasta los frentes italoalemanes. Con estas perspectivas, las posibilidades de trabajo político de los militantes en el norte de África eran enormes si eran capaces de organizar a corto plazo centros de trabajo en Orán, Tánger y Tetuán. Checa no se equivocó en la primera parte —el control del Magreb sería el objetivo de la Operación Torch en 1942—, pero sí en sus derivadas —el objetivo iba a ser el salto a Europa a través de Sicilia y el sur de Italia, dado que Francia se hallaría bajo ocupación.

En Estados Unidos existían facilidades de ingreso en las fuerzas armadas y había mucho trabajo que realizar en su calidad de centro de coordinación de la Komintern para América en colaboración con el PCUSA de Earl Browder. En el sur, los comunistas podían colaborar útilmente contra el peligro fascista en México, Colombia y Chile. En México se conjugaban todos los elementos que conformaban la amalgama de máximo riesgo en el imaginario comunista del estalinismo maduro. A la inestabilidad que podía provocar «el empirismo social de Cárdenas», había que añadirle «la ofensiva de los capitalistas petroleros y de la Gestapo, y el trabajo sistemático del trotskismo con su refuerzo de caballeristas, prietistas y anarquistas». Por ello, al país centroamericano se debía enviar un sólido equipo de cuadros militares y un grupo cualificado de cuadros políticos.

Desde la región andina se proyectaban sombras sobre la continuidad del Frente Popular en Chile. La Gestapo había logrado penetrar en Bolivia. Para

contrarrestar su influencia, deberían infiltrarse cuadros en los ejércitos de Chile y Paraguay. Desde ambos se podrían tantear las posibilidades de trabajo en Argentina, Uruguay y Brasil como bases de trabajo de cara al interior de España por su contacto regular con la Península. Lo mismo debía ocurrir en Cuba, aprovechando la influencia creciente del PC, abierto a la incorporación de cuadros españoles. Por último, revestía un alto interés la creación de un centro ilegal en Portugal, en colaboración con los camaradas de ese país. Incluso bajo la dictadura de Salazar existían posibilidades de trabajo con relación a España. Con ello, no se hacía sino seguir el ejemplo de lo que habían hecho los fascistas durante la guerra civil, con gran provecho por su parte.

El trabajo en España pasaba por organizar la resistencia en dos frentes: el político y el de la lucha armada. El objetivo básico del trabajo ilegal era impedir la consolidación del régimen. En esta línea, había que desplegar todos los recursos posibles, desde la perpetración de actos de sabotaje para obstaculizar la normalización de los transportes y de la economía en general hasta la explotación de las dificultades de abastecimiento para movilizar a las mujeres en los mercados. Era preciso volver del revés las contradicciones del franquismo: usar las requisas contra los campesinos para «avivar su añoranza de la República con sus leyes agrarias y su trato humano»; agudizar las rivalidades entre falangistas y requetés, a flor de piel por la unificación forzosa, fomentar el resentimiento de los oficiales contra la soberbia de los invasores italoalemanes «para azuzarlos a contrapronunciamientos que no dejarían de apoyar generales jóvenes y ambiciosos»; procurar levantar frente a Franco a otro «caudillo» de tipo conciliador y reconstructor; avivar el sentimiento patriótico contra los invasores aprovechando todos los roces, por nimios que fueran o, directamente, inventándolos; desarrollar una campaña pacifista contra la intención de Hitler y Mussolini, amos de Franco, de usar a los españoles como su ejército africano en la guerra que preparaban contra Francia, Inglaterra y la URSS. Las consignas debían ser luchar contra el terror, por la amnistía y «por una *reconciliación*» —con casi veinte años de adelanto al giro de 1956— «que, de popularizarse, debilitaría los órganos represivos, espina dorsal del fascismo».

Sin haber consultado aún con la Komintern, se juzgó urgente alimentar el movimiento guerrillero. «Por poco volumen que tenga —sostenía Checa—, se crearán las condiciones de inseguridad, de nerviosismo, de recargo abrumador de los gastos represivos y de imposibilidad de un empréstito internacional.» La consigna debía ser formar pocos grupos, pero lo más numerosos que se pudiera. No se concebía otra forma de lucha que no pasase por el enfrentamiento armado, aunque fuese en las extremadamente desfavorables condiciones derivadas de una implacable derrota militar. El entrenamiento de los cuadros guerrilleros y políticos debía hacerse en una escuela especial de la URSS antes de ser remitidos al país. Francia no era un lugar propicio para ello, por la creciente vigilancia a que eran sometidos los refugiados.

En el plano político, había que organizar los centros ilegales en Cataluña, Euskadi y Galicia, donde se prestaría especial atención a la exaltación de los sentimientos nacionales, y en donde fuera posible en el resto del territorio nacional. Una porción significativa y muy selecta de los cuadros políticos del partido debía ser sometida a un entrenamiento rápido y enviada de vuelta a organizar las direcciones regionales en el interior. La preparación para las nuevas condiciones de lucha era muy necesaria, puesto que la experiencia en el ámbito de la clandestinidad era entonces muy escasa: «Padecemos la deformación propia de partidos que han tenido mucho poder legal». El tránsito de un partido de masas a la condición de clandestino no era tarea fácil. La primera consecuencia era la pérdida prácticamente total de su base militante, de sus plataformas públicas y de sus recursos materiales. A falta de unas y otros, era urgente activar el capital humano máspreciado del partido: sus cuadros. Ni uno solo debía «perderse en el pantano de la migración», sentenció Checa. Ya se sabía que la aspiración de todos era, como no podía ser de otra forma, recalar en la URSS. Pero había que ser cuidadosos con esto. Mientras hubiera en Francia campos de concentración y colonias de refugiados, una parte de los dirigentes intermedios debían permanecer en ellos. Como método de oxigenación, se podría establecer una rotación de equipos «para que todos los cuadros puedan recibir el baño de optimismo, de salud y de fuerza que significa el viaje», en la seguridad de que sus familiares quedarían acogidos en la URSS mientras estuvieran en misión. El estallido de la guerra mundial frustraría el proyecto. Del resto que no trabajara en los campos, una parte iría a América, otra quedaría en Francia —colaborando con el PCF— y el resto marcharía a la «Patria del Socialismo».

Al continente americano debían destinarse equipos seleccionados que pudieran ser de ayuda para los partidos hermanos, sobre todo para «vencer o neutralizar las campañas y maniobras de trotskistas, caballeristas, faístas y demás traidores». Tenían que ser capaces de movilizar en pro de la solidaridad con el exilio político a la vieja migración económica, a las colonias catalana, vasca, gallega y española en general. En Francia deberían quedarse especialmente los mandos políticos, sindicales y técnicos que en España hubieran trabajado en la industria de guerra —químicos, metalúrgicos—, por si su experiencia fuera de utilidad.

LA KOMINTERN MARCA EL RUMBO

El Secretariado de la Internacional se reunió el 19 de junio para abordar la situación creada a raíz de la derrota republicana. Checa levantó acta del encuentro. Manuilski y el resto del estado mayor del movimiento comunista internacional no estaban por perder el tiempo lamiéndose las heridas. El ta-

blero de juego había cambiado y las reglas debían hacerlo también. El orden del día trató sobre la configuración del equipo de dirección y la formulación de los objetivos en la nueva etapa. Manuïlski propuso reducir el Buró Político a cinco miembros con funciones efectivas. Había que ser lo más operativo y ágil posible a fin de trabajar en dos grandes metas: colaborar en mantener la presión internacional para evitar la consolidación de Franco en el poder y laborar para que el gobierno de Negrín y las Cortes siguieran funcionando legalmente en México para, aparte de otras cosas, «joderle a Francia e Inglaterra». Lo primero que se resintió de la derrota fue la política de alianzas. El Frente Popular estaba muerto. Había que formular una alianza con carácter de Unión Nacional: «Mejor que Frente Popular es Unión Nacional», sentenció. No se especificó qué sectores serían interpelados para ello ni cuáles serían sus puntos programáticos. Lo que quedaba meridianamente claro era la exclusión de cualquier tipo de acuerdo de los «traidores casadistas» y la FAI. Al estrechar tanto la base de esa fantasmagórica Unión Nacional, lo único que resultaba evidente era que el contenido netamente antifascista de la política unitaria se estaba difuminando. Dos meses más tarde, sería sepultado por la firma del pacto Mólotov/Ribbentrop.

El número dos de la Internacional desaconsejó el recurso a la lucha armada y, por el contrario, propuso la infiltración en las organizaciones de masas franquistas especialmente en el campo. Era preciso ingresar en ellas sin pérdida de tiempo para comenzar a realizar un trabajo de masas en su interior.¹⁹ La guerrilla, dijo, no era deseable como apuesta táctica, sino solo como recurso de protección puntual. El *entrismo*, sin embargo, debía ser la táctica que guiase la acción de los comunistas españoles en el nuevo contexto de clandestinidad. La propuesta, que contradecía las primeras decisiones tomadas por el PCE, debió chocar a los dirigentes españoles hasta el punto de que Manuïlski concluyó que el problema era demasiado importante como para darle solución en una sola reunión. El PCE era el segundo partido más influyente del movimiento comunista internacional después del PCUS y ello hacía recomendable impetrar el auxilio teórico de las máximas autoridades. Era preciso retomar el debate en presencia de Dimitrov y recabar el consejo de Stalin. La reunión tendría lugar el 19 de junio, y de ella se tratará más adelante. Mientras tanto, se decidió fijar a la mayor brevedad el número e identidad de los integrantes del nuevo Buró y enviar dos representantes a la Komintern, los secretarios generales del PC y del PSUC, Díaz y Comorera.

La cuestión de definir responsabilidades en la dirección era urgente. Como no podía ser de otra forma en medio del marasmo de la derrota y la evacuación, había durante aquellos primeros tiempos una enorme confusión en las tareas, sin que existiera una delimitación clara de las funciones de cada quién, «lo que determinaba que todos intervinieran en todo pero que las cosas no se resolvieran por nadie, o solo en pequeña proporción y un poco por

espontaneidad». La atención a lo urgente, los problemas de la emigración, había llevado a descuidar el trabajo de cara a España. Y, aun así, el PCE no disponía de una estimación precisa del número de comunistas que había en los campos y de su organización y trabajo. «Nadie conoce concretamente lo que como partido tenemos en Francia y en África, lo que quiere decir que hay un gran número de refugiados que no tenemos ninguna relación con ellos.»²⁰

En las reuniones con el Secretariado de la Internacional se definieron las funciones de un reconfigurado núcleo de dirección. José Díaz, «Pasionaria» y Jesús Hernández se instalaron en la URSS para incorporarse al aparato de la Komintern. Manuel Delicado se hizo cargo de las relaciones con otras fuerzas del exilio (gobierno, PSOE, UGT, republicanos), Vicente Uribe asumió la *agitprop*, «además de su trabajo —muy poco— en el gobierno», y Mije, los asuntos de la emigración. No era este un asunto menor: la Federación de Emigrados contaba con diez mil miembros. Se estimaba que había 310.000 españoles en Francia y 30.000 en Orán. Demasiada carga de trabajo para alguien tan superficial como Antonio Mije. El discreto Pedro Fernández Checa siguió asumiendo el peso de las tareas organizativas. Por debajo de las figuras emblemáticas del Buró, se produjo la incorporación de nuevos activistas, acreditados como miembros de la Comisión Político-Militar del partido —Ceferino Álvarez Rey, Juan Ambou— destinados a reforzar el aparato de pasos a España. También ascendieron Esteban Vega —para la edición de la *Historia del PC (b) de la URSS*, manual indispensable en los cursos de formación de cuadros—, un recuperado Gabriel León Trilla —en la dirección de *Nuestra Bandera*, la revista teórica del partido— y Santiago Álvarez Gómez —que junto con Delicado y Antón eran los únicos que gozaban de un permiso de residencia legal en Francia. Se repartieron las responsabilidades por países: Martínez Cartón en México, Isidoro Diéguez en Estados Unidos, Zapirain en Argentina, Manso en Cuba, Francisco Félix Montiel en Inglaterra. El joven Santiago Carrillo seguiría trabajando en la JSU además de su incorporación al secretariado de la Internacional Juvenil Comunista. En su haber debía contarse que, a pesar de la expulsión de la JSU de la Internacional Juvenil Socialista, no se había producido en la organización ninguna quiebra significativa.

El 6 de agosto hubo una nueva reunión con la cúpula de la Komintern: Codovilla, Uribe, Checa, Antón y Carrillo se entrevistaron con Dimitrov y Manuilski. Dimitrov terminó de fijar la línea política y las tareas inmediatas. Dejó bien claro que «fuera de España no debe haber organización del PCE. El PCE reside en España». Buena parte de las disputas venideras sobre la supremacía orgánica tendrían como elemento vertebral este debate. Pero, independientemente de quién tuviese la sartén por el mango, si el interior o el exterior, lo que estaba claro era que los comunistas se negaron desde un primer momento a ser un «partido de la emigración» más.²¹ No se hibernaron, como

otros, a la espera de mejores tiempos, pero eso iba a suponer un esfuerzo titánico habida cuenta de que, como criticó Dimitrov, el PCE no había preparado la retirada y se encontraba ahora con el problema de que apenas existía aparato en España y que no había enlace con el exterior. Una crítica que reproduciría casi milimétricamente Heriberto Quiñones en su anticipo de orientación política para la Comisión Reorganizadora del partido en 1941: «Caro ha costado al pueblo y a nuestro partido no tener una línea política y orgánica. La misma catástrofe y sus consecuencias hubieran sido menores si hubiéramos tenido algo fijado para el día siguiente en que Franco completó la apropiación del país».²²

Los datos hablaban por sí mismos: de los 445 evacuados a Argelia que fueron seleccionados para marchar a la URSS, 220 (49,4%) eran militares y agentes de orden público cuya seguridad hubiese corrido serio peligro de permanecer en el país, pero 206 (46,3%) eran cuadros políticos que, en buena parte, podrían haber sido utilizados en la reconstitución de la organización.²³ No hubo nada de eso. Se suponía que en Madrid había una representación del Comité Central con cuatro camaradas y entre 100 y 400 militantes. Los comités provinciales del partido y la JSU habían sido desmantelados por la policía. La presencia, en muchas provincias, no llegaba ni a testimonial. En Valencia quedaba solo un camarada. En Pamplona, había un dirigente provincial enlazado con cuatro o cinco afiliados. En Euskadi, cinco miembros, relacionados personalmente con otros diez o doce. En Gijón, los dos o tres que habían quedado, para más inri, no mantenían buenas relaciones entre sí. No había nada en Barcelona y solo algunos militantes se atrevían a agruparse al abrigo de la frontera o se reconocían en las colas de abastos o de visita a los presos. En Santiago, solo había contacto con dos o tres, y con solo uno en Córdoba. En Madrid, las normas de organización eran viejas, de la época de la guerra, como si nada hubiera cambiado, lo que propiciaba las caídas. En definitiva, el trabajo del partido se limitaba exclusivamente a la solidaridad con los perseguidos y estaba totalmente encogido. No había actuación política, ni se emitía propaganda escrita. Dimitrov recomendó precaución en el contacto con quienes hubiesen estado detenidos, por el peligro de que fueran empleados por la provocación, y descentralizar al máximo la organización, reconstruyéndola de arriba abajo. No olvidó reiterar que era necesario penetrar en las organizaciones fascistas.

EL PACTO CON EL DIABLO

Mientras los comunistas españoles intentaban recomponer los fragmentos de un aparato pulverizado por la derrota y la represión, sobrevino el bombazo del pacto germano-soviético del 23 de agosto de 1939. El estado de *shock* fue

generalizado. Sus efectos fueron demoledores para un movimiento que había hecho del antifascismo y, en particular, de la lucha contra la expansión del nazismo, su bandera y su actividad fundamental desde 1935. La signatura del pacto sumió en estado de estupefacción a la propia Komintern y a los dirigentes de los principales partidos comunistas europeos: «Sorpresa y confusión muy profundos», anotó en su diario Maurice Thorez.²⁴

El informe de un activista, redactado en Madrid, ofreció un políptico sobre la recepción de la noticia *tous azimuts*. Cuando se publicó el acuerdo, decía, se produjo una enorme confusión en todos los campos. La estupefacción invadió a todos sin distinción de ideologías. Sectores del mismo gobierno, según el anónimo autor, empezaron a decir que Hitler llevaba a Europa al abismo. Los requetés y los monárquicos hablaban abiertamente contra Alemania. Los falangistas, sin embargo, lo defendían diciendo que en realidad se trataba de un pacto entre dos estados proletarios. No andaban muy lejos de lo que algunos comunistas llegaron a expresar para explicárselo a sí mismos. Ángel Luengo informó que en la cárcel de Yeserías, en 1941, se encontró a los militantes del partido divididos: «Había un grupo de camaradas que confundió el significado del pacto germano-soviético. Según ellos, el Partido Nazi era un partido revolucionario que luchaba contra el imperialismo anglo-francés».²⁵

Los socialistas, proseguía el informe de Madrid, decían cosas atroces con respecto al tratado. Algunos de ellos creyeron confirmados sus prejuicios y dijeron que la alianza entre la URSS y Alemania venía de lejos y que la intervención de los soviéticos en la guerra de España había sido a propósito para justificar la intervención de Alemania. Si extravagante era este análisis, no lo era menos que el informante atribuyese a algunos socialistas estar «dispuestos a ayudar al gobierno a organizar algunas legiones para ir a combatir contra Rusia». Que, sin llegar a estos extremos, el pacto exacerbó las ya acrisoladas relaciones entre los comunistas y las demás organizaciones, enfrentados desde el dramático final de la guerra, lo reconocieron los propios dirigentes en el exilio y los militantes en prisión. En uno de sus primeros informes de situación, Pedro Checa reconoció que la firma del pacto germano-soviético acarreó una gran decepción para la gente que ansiaba la caída de Franco, por cuanto vio alejarse las perspectivas de un cambio de situación en España: «Al desencadenarse la guerra, el pueblo esperaba con ansiedad la formación del bloque de la paz, Francia/Inglaterra/URSS y veía en la guerra la posibilidad de acabar con el franquismo y con la intervención italiana, esperando el cambio de situación del exterior y no del interior. En un principio fue muy incomprendido el pacto y, particularmente, los republicanos, socialistas y anarquistas figuraban en primera línea en la lucha contra la URSS».²⁶ Según Fernando Rodríguez, «el pacto aumentó los odios contra nosotros de los republicanos, socialistas y anarquistas, a los que se sumaron algunos camaradas, con Quiñones a la cabeza».²⁷

La población de Madrid, continuaba el informe, recibió el acuerdo con mucha confusión. Nadie entendía la política de la URSS, pero tampoco nadie se atrevía a hablar mal de ella y a sospechar de sus intenciones. «La gente, en general, dolorida, se decía: “Esperábamos todo de la URSS y ahora que esta se ha unido a Alemania ¿qué nos queda? ¿De dónde vendrá nuestra liberación?”». Los mismos comunistas se confesaban desconcertados:

El primer día, cuando los obreros nos pedían explicaciones, les decíamos: «No tenemos todavía elementos de juicio para juzgar la política de la URSS en este caso concreto. Como obreros, debemos tener fe ciega en la URSS. Durante los veinte años de su existencia, la URSS no ha dado ningún motivo para poder sospechar que pudiera cometer algún acto en perjuicio de la clase obrera. Si ahora ha hecho el pacto es seguramente en favor de la revolución mundial». Claro está que esas explicaciones no satisfacían a los obreros.²⁸

Mariano Peña, un cuadro intermedio de larga trayectoria en el partido, confesaba haber asumido el tratado con la fe del carbonero: «No comprendo el pacto germano-soviético, pero estoy de acuerdo».²⁹ En sus memorias, Melquesidez Rodríguez Chaos relata cómo se analizaron en Yeserías sus contenidos: «Las discusiones eran a veces de una gran violencia y no faltaron quienes llegaran a las manos. Los comunistas teníamos una confianza absoluta en la URSS; estábamos seguros de que no podía traicionar a los pueblos, pero tampoco sabíamos explicar aquel paso con razones convincentes».³⁰

Encontrar una respuesta era cuestión de fe o, en su defecto, de una lógica alambicada, cuando no aberrante. El anónimo informante de la capital creía captar algo en el ambiente: «Hoy todo el mundo dice, aun sin comprender todavía la política de la URSS: “Rusia será el árbitro de la guerra. Rusia va ocupando las posiciones más estratégicas. Rusia se va convirtiendo en el único abastecedor de Alemania y llegará el momento en que la URSS dictará la política de Alemania”». De ahí a amoldarse a «la posición justa» mediaba un corto trecho: «Al día siguiente logramos orientarnos y darnos una explicación completa sobre la política de la URSS». La guerra que estaba a punto de estallar era una guerra imperialista. La política de paz de la URSS consistía en debilitar el poderío inglés. Con Alemania no merecía la pena lo mismo porque ya era, de hecho, un volcán a punto de estallar en cualquier momento. «El fascismo en Alemania es signo de la debilidad del capitalismo en dicho país.» Con tan aplastantes argumentos, los socialistas —decía— no tuvieron más remedio que callarse. Sin embargo, insistían en que la URSS no había jugado limpio: mientras negociaba con los aliados, acordó a sus espaldas el acuerdo con Alemania. A esto se respondía que el pacto con Alemania no era ningún obstáculo para otro pacto con los aliados, ya que la URSS tenía una voluntad ecuménica de paz para todos.